

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:

F. BUENO Y COMPAÑIA

Fuencarral, 98, entresuelo.

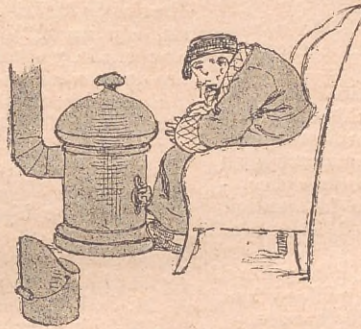
Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

CALEFACCIÓN



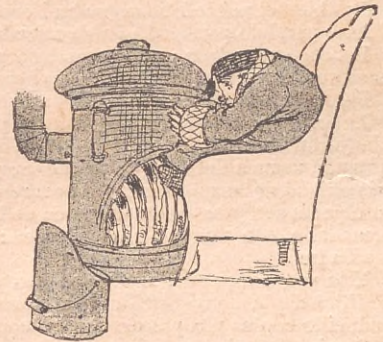
Modelo núm. 1.

Estufa sencilla para despachos y gabinetes sin asistencia.



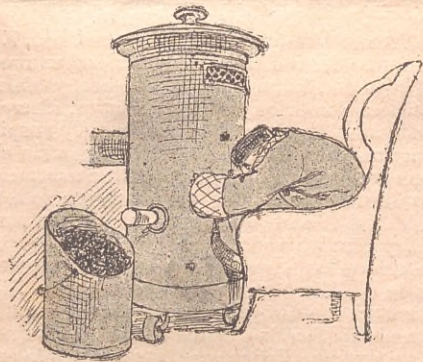
Modelo núm. 2.

Estufa para cuando ya no es suficiente el número 1 y no se puede buscar otro.



Modelo núm. 3.

De cuerpo entero, para señores que llegan á no sentir ni la edad, ni el sexo, ni el amor patrio, ni el calor político...



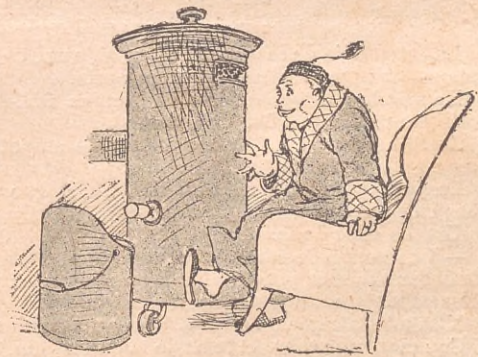
Modelo núm. 4.

Chouberski de familia. Para los que van á morir frappés.



Modelo núm. 5.

"Mercury calefaction systeme.."



Efectos de la sistema, solamente á la aproximación.



Más efectos. D. N. de Bagnères de Luchon: „Declaro que el calorifero Man'sell Nini me ha devuelto el calor y la vida...“



„Infundiéndome fuerzas y vigor para todo.“



„Y para que conste... lo expongo y puedo justificárselo á la persona que guste...—N. N.“



La coronación de Zorrilla y la muerte de *Bocanegra* son los dos acontecimientos de estos últimos días.

Manuel Fuentes era contemporáneo de D. José Zorrilla; artista, pero no en verso, sino en cuernos.

La coronación del autor del poema de Granada ha sido una solemnidad en aquella capital.

Quince mil personas han acudido a presenciar el acto.

Sinnúmero de Comisiones, de notabilidades y pendones indígenas y forasteros, han embellecido la ceremonia con su asistencia.

El ilustre coronado se sintió conmovido, y lloró.

Lloró en Seco... de Lucena.

También el pobre *Bocanegra* ha llorado, pero menos.

Este paralelo parecerá ofensivo a varias personas poéticas.

Porque supondrán que comparar a un torero con uno de esos que hacen coplas, es una prueba de carencia de cultura.

Pero el mismo yate coronado ha hecho ver lo contrario.

La primera medalla conmemorativa de aquella solemnidad fue ofrecida (dirán nuestras lectoras, sin duda, a la reina de la hermosura granadina, a usanza del antiguo trovador); pues no: las encantadoras hijas de la ciudad de las mil torres se quedaron estupefactas al ver que el coronado poeta arrojaba desde un palco de la plaza, al torero Mazzantini, la medalla con una tarjeta que decía: «La primera medalla que ha visto la luz.»

Y la verdad es que, dicho sea con perdón de Campoamor y otros caudillos de la conversación «con sonsonete», idéntica utilidad han producido coplas y copleros, que las corridas de toros y los toreros.

Son inutilidades de lujo, que viven sobre la necesidad pública.

El autor de *Traidor, inconfeso y mártir* ha vivido como un santo, pero no mártir.

Y un día cantor por cuenta de algún señor rico que le alquilaba, metafóricamente hablando, y otro día como trovador de un monarca infortunado, allá en Méjico, vivió, se paseó, disfrutó cuanto pudo desear.

Nadie como él pudiera decir, parodiando a D. Gonzalo de Ulloa:

«Los bolsillos más opresos
se abren a mi paso; mira.»

La ceremonia de la coronación ha sido uno de esos acontecimientos que quedan imperecederos en la memoria.

Ha sido la representación de un drama fantástico, no soñado por el insigne poeta; una fantasía oriental.

Zorrilla I puede sentirse orgulloso de su patria, cuando su patria se enorgullece de contarle como hijo.

Los murmuradores siempre tienen algo que objetar, aun en los casos más justos y más legítimos.

Uno de ellos decía:

—Yo, en caso de coronar, hubiera coronado a uno de esos chicos que hacen revistas; porque al fin, como ellos son jóvenes, pudiera servirles para abonos en su carrera literaria.

Y siendo la corona de laurel, para estofar a los mismos chicos.

Con motivo, ó sobre el tema de la coronación, han roto el fuego los poetas más «propensos», para contar la ceremonia y para conmemorar el acto.

He recogido ya algunas composiciones para coleccionarlas y entre-garlas a la vindicta pública.

Se ha hablado también de la coronación de otro poeta; pero no se confirma.

Parece que ha sido indultado.

Ahora empiezan las exageraciones; ya es todo de la moda Zorrilla. He visto anunciados:

«Calcetines de la coronación.»

«El corsé de Lindaraja.»

«Boquillas Boabdil, para señoras, puros y pitillos.»

He oído decir que se pensaba denominar a la tribuna de señoras en el Congreso:

«Sala de Abencerrajas y Gazulas.»

Y al Salón de sesiones del mismo:

«Patio de los Leones.»

P.



GRITOS DE SOCIEDAD

MADRID será muy pronto un cementerio.

Ya ha cerrado sus puertas la hermosa marquesa de... el representante de... también ha cerrado, y la bella cuanto condesa de... no recibe a más amigos hasta el invierno.

La inteligente cuanto virtuosa morena M., con sus lindas hijas E. y P., saldrán esta semana para las aguas de Betelu.

La hermosa viuda del barón X está ya en Portugalete con un primo segundo (puesto que el primero fué su marido).

También han llegado a la nombrada «capital» los señores de la Tabacalière, legitimistas, al parecer, procedentes de... empeño.

La colonia veraniega en el Sardinero aumenta visiblemente, según nos escriben de Santander.

Es decir, que si a las once de la mañana se ve media docena de forasteros, a las doce hay ya tres medias docenas, y así sucesivamente. Apenas limpia de polvo del camino la bellísima marquesa de... ya ha recibido a los amigos.

Es mujer incansable en la faena de complacerlos.

El general K saldrá de Madrid para San Sebastián, en cuanto resuelva si ha de viajar por ferrocarril ó andando.

La generala está ya tomando aguas en Vichy (Lérida), según la geografía de su esposo.

Hasta ahora no se sabe adónde irá la aristocrática duquesa de...

Pero se supone que pasará en sus posesiones de Andalucía algunas noches, en compañía de su querida M., de quien no puede prescindir ni un momento.

De uniones más ó menos íntimas ó legítimas, se habla también.

Parece que una joven delicadísima y espiritual, cuanto lindísima, hija que fué de un marqués diplomático muy querido en los buenos círculos de Madrid, ha casado, en París, con un diputado oportunista y propietario, y al mismo tiempo hombre de grandes dimensiones.

En cambio el aplaudido y pequeño vizconde de N. N. ha tomado por esposa a la heredera de la casa de «Dromedaire», hermosa joven de tamaño sobrenatural.

Ces sont les bigarrures de l'esprit humain.

De bautizos nada se dice después del de M. Jack, que se verificó, según dijimos, en principios del mes.

M. Jack no lloró al sentir el agua fría, ni dió señales de disgusto.

M. Jack ha cumplido los cuarenta años.

PELELE DE TAL.



EL BAÑO (1)



ESTABA el necio de Nicolás tan lejos de sospechar los dulces placeres que proporciona la posesión de la mujer amada, que hubiera pasado al lado de su esposa toda la vida, en grata intimidad, sin siquiera desearlos.

Sin embargo, Teresa era tan bella como cariñosa. El ardiente sol de Junio fecundizaba la Naturaleza, exuberante de vida y de poder. El jardín era inmenso, y tenía calles y bosquecillos sombríos, ocultos, callados, discretos. En la atmósfera no flotaban más que besos y suspiros; las flores surgían por todas partes, embalsamando el ambiente con sus excitantes perfumes; las tiernas ave-cillas pregonaban sus amores en las verdes ramas de los frondosos árboles... el himno del amor llenaba con sus notas el mundo y el espacio... ¡y Nicolás, nada!

Una mañana, a esa hora en que las flores encerradas en sus capullos duermen aún, temerosas de los húmedos vapores de la noche, Nicolás abandonó su lecho, y sin ruido se dirigió al jardín con objeto de tomar un baño, según acostumbraba, en las claras ondas del río que corría manso y rumoroso en un extremo del parque, atravesándole en toda su longitud.

Terminado el baño, dirigióse perezosamente a la orilla donde había dejado su escasa ropa, y ya se disponía a vestirse, contemplando la franja luminosa que, destacándose en el Oriente, anunciaba la próxima aparición del astro rey, cuando el ruido de unos pasos ligeros le hizo volver la cabeza.

A través del espeso follaje que le ocultaba por completo, vió acercarse a Teresa, sencillamente ataviada, con un ligero y transparente peñador.

—Vendrá a sorprenderme, ó es que vendrá a bañarse también? se preguntó Nicolás, lleno de infantil curiosidad.

Pero no duró mucho tiempo aquella incertidumbre.

Teresa se detuvo a dos pasos de él y preparóse también a desnudarse, no sin haber lanzado antes una furtiva mirada a derecha é izquierda.

El peñador cayó a sus piés.

Siguió el mismo camino la finísima camisa de batista.

¡Completamente desnuda, apareció la joven en toda la majestad de sus admirables perfecciones!

¡Estaba irresistible!

¡A la vista de aquel cuerpo encantador, de aquellas blancuras de nácar, seductoras, incitantes y completamente ignoradas hasta entonces para él, Nicolás sintió un estremecimiento rudo, extraño, y estuvo a punto de caer desmayado sobre el césped.

Aturdido, confuso, deslumbrado y palpitante de angustia, cerró los ojos. Cuando los abrió, la hechicera visión se había sumergido ya en el río.

Agitando las calladas ondas, deslizándose entre los copos de espuma con todas las ondulaciones de una náyade, mostraba Teresa, con la

(1) Del tomo 2.º de la Biblioteca DEMI-MONDE, titulado *La Colegiala*, original de Gómez de Ampuero.

impúdica transparencia de las aguas, todos los tesoros de aquel cuerpo, formado de pétalos de rosa amasados con nieve, para la delicia suprema del afortunado mortal que la llamase suya.

Una irradiación luminosa fué tñfiendo el cielo con iris de ópalo y grana; las nubes se abrillantaron poco á poco, y por fin un haz de rayos de fuego iluminó poderosamente el firmamento, y ante aquella claridad adquirieron tonos y colores distintos todos los objetos.

En aquel instante mismo en que la Naturaleza parecía revivir, despertada por el ardiente beso del día, la joven alzaba los ojos al cielo, y cándida y sonriente se apresuraba á salir del río, y ganando la cercana orilla quedábase allí un instante de pie, bañada por el primer rayo del sol, y dejaba deslizar á lo largo de su ebúrneo cuerpo millares de gotas de agua, que, al ser heridas por el foco de luz, semejaban una espléndida cascada de brillantes.

Y así, hermosísima, ideal, sin más traje que su magnífica cabellera rubia y destrenzada sirviéndole de amplio manto, pudiera habérsela tomado por una deidad mitológica.

Nicolás creyó ver la Aurora.

Y por un movimiento instintivo, inexplicable, cayó de rodillas y quedó en muda y extática contemplación.



JAQUECAS

¿L más cachazudo se las pueden dar.

Hay días en que es preferible estar en una celda de la Cárcel Modelo, á estar al frente de la redacción de un periódico.

Llega un individuo.

—¿El señor presidente?...

—¡Presidentel... ¿De qué? le interrogan.

—Del periódico.

—¿El director?...

—Eso es.

—Aquel señor.

—Yo vengo sobre usted para...

—Primeramente, tenga usted la bondad de apearse, y después continúe.

—Yo soy suscriptor de usted, y además vecino en una casa de la calle de... número..., piso...

—¿Además de suscriptor?

—Justo; pues ello es que yo soy vecino de la casa que he dicho, y tengo una convecina que toca el piano en mi casa.

—¿Y por qué la deja usted entrar?

—Digo que en otro cuarto; pero que no me deja vivir, y como quiera que yo tengo un hijo...

—¡Hombre, que me cuenta usted!

—El niño canta los tangos que toca la vecina, y yo tengo que zurrarle.

—En ese caso, el que debiera quejarse es el nene.

—Es que para defender al niño se interpone mi mujer... y ¡ya ve usted! hay que sacudirle á ella; y su primo, que es capitán con muy mal genio, se enfada, y yo me tengo que marchar de casa hasta que se le pasa la cólera al primito.

Sale de la redacción aquel berrendo en oscuro, y entra un caballero muy correcto, al parecer.

—Señor Director, dice; yo venga á molestar la alta consideración de usted para un asunto baladí, si se considera ligeramente; empero de suma importancia mirado como ejemplo para la juventud femenina, esa hermosísima semilla del género humano...

—Si me hiciera usted el favor de decir... porque, ya sabe usted, en las redacciones hay siempre tanto que hacer...

—Sí, sí, perfectamente; pues desearía que dijese usted en el número próximo que mi niña, Fulanita, de catorce años, ha hecho en el Conservatorio unos ejercicios de segundo año, de primer orden, sin olvidar á su profesor, D. Fulano de Tal, que puede vanagloriarse de haberla hecho mujer.

—Como usted comprenderá, si lo reflexiona, si hubiéramos de hacer otro tanto con todas las que á los catorce años son hechas mujeres por sus profesores, la lista sería interminable.

—Pues es extraño que la prensa no proteja estas cosas, porque así prepararía la generación del porvenir.

—Esta es mi esposa, indica un sujeto presentando una jamona de libras, pero con atractivos todavía.

—Muy señora mía, responde el Director.

—Enseña esas medias, añade dirigiéndose á ella.

—¡Hombre!

—Enseña esas medias hasta la liga.

La mujer obedece.

—¡Muy bonitas!

—¿También usted? ¿Le parece que un comerciante que se estima en algo vende unas medias con esos colores y esos bordados á una mujer casada? Pues á eso vengo yo; á que le meta usted un palo á ese comerciante, que cuando van á su tienda señoras sin que las acompañe el marido, las engaña.

Hay personas que llevan escrito el suelto que desean que se publique.

Allá va una muestra:

«Ayer fueron unidos, en lazo indisoluble, la elegante y distinguida señorita... con el laborioso y honrado comerciante de ultramarinos D...»

«Deseamos á los recién casados una interminable luna de miel.»

Otra:

«Con motivo de ser el cumpleaños de la baronesa de..., el lunes se vieron sus aristocráticos salones llenos de gente de la alta sociedad.»

«La noble señora, radiante de hermosura (sesenta y cinco años), hizo los honores de la casa con el refinado gusto y exquisita delicadeza que la distingue.»

Y va la última:

«La eminentemente triple cónica doña Fulana de Tal *ah yegado* á Madrid, *degiuerta* del coliseo de... donde a arre batado al publico y que bie ne sin contrata á disposicion de los impresarios que la solisiten.»

K.



DONDE LAS DAN LAS TOMAN

—Cielo mío, ¿adónde vas?

—¡Rara pregunta, por cierto!

Mira aquel cántaro, Blas.

—¿Qué quieres decir? No acierto...

—Eres un tonto, y no más.

—Gracias, Juana. ¡Estás terrible!

¿Quién en cántaros repara al ver tu talle flexible, y ese fuego irresistible de los ojos de tu cara?

—¡Chusco estás!—No es cortesía.

—Será ficción.—No lo es.

—Burla será.—¡Tal porfía!

Te juro, ¡por vida mía!...

—Que quieres á cuantas ves.

—¡Loca estás!—Mas no he mentado.

—¡Cómo!—¿A qué disimular?

¡Ayer estabas rendido, junto al arco de Garrido enamorado á Pilar!

—Celos son.—Pero fundados.

—Engañada vas.—No á fe,

porque os miré recostados y tiernamente abrazados.

—¿Lo viste bien?—Ya se ve.

—No te incomodes, paloma;

que al fin es...—Muy natural.

¿No es así?—No; y por Mahoma

te juro que fué una broma.

—Pero pesada y formal.

—Mas ¿qué veo? ¡Te has manchado

por detrás el guardapiés!

¿Cómo, pues?—Me habré sentado.

—Y el cántaro...—Está quebrado.

—¡Por dos lados!—No, por tres.

—¡Lástima fué!—Ciertamente.

—Es decir, que...—Le rompí.

—Mas ¿cómo fué?—Fácilmente.

¿No conoces á Clemente

el hijo de Antonio?—Sí.

—Pues bien: cuando yo venía

se empeñó en darme un abrazo.

—¿Te abrazó?—Claro está,

pero tan sólo por broma;

con suma inocencia.—¡Ya!

—Te aseguro por Mahoma

que no pasó más allá,

y al fin tú me has enseñado.

—¡Eso dices!—¿Por qué no?

—¡Vive Dios!—Vaya un enfado!

Te ví con Rosa abrazado

y quise imitarte yo.

—¡Oh funesto desencafío!

¿Sabes?...—Yo sé un refrán

que me enseñaren antaño,

y dice, si no me engaño:

«Donde las toman, las dan.»

B. M.



BURLA BURLANDO

La señora de P..., en ausencia de su marido, mandó hacer dos parejas de niños de barro para las rinconeras del salón.
Al regresar su esposo se encontró con la factura del artista, que decía:

«Por haber hecho cuatro niños á la señora de P..., cien pesetas.»
—¡Cielos, en un mes! exclamó el desdichado marido.

Una señora recién llegada á Madrid ha dado parte de que un sujeto le había robado en un coche de ferrocarril.

—¿Pero ha sido con violencia? preguntó el inspector.
—Al contrario, señor. Yo llevaba el dinero en el seno.

En la puerta del Suizo:

—¿Qué te haces ahora?
—Nada, hombre, con las manos en los bolsillos.
—¿De quién?

—Caballero, sé que anda usted haciendo muñecas á mi hija, y quiero que me haga el obsequio de decir si piensa en insistir ó no.

—Para que vea usted mi lealtad, le aseguro que no reincidiré.

—¿Cómo?
—La niña no es lo que parece á la simple vista.
—¿Eh? Lo que tiene tal vez es que es muy abierta de carácter.

—Pues eso: demasiado abierta.

—¿Y estás contenta con tu marido?
—Mucho, hija; no tiene más de malo sino que es algo pesado.

—Porque tú no sabrás manejarlo; eso consiste en la maña de cada una.

—Vamos, procure usted animar ese semblante, decía un fotógrafo retratando á un caballero. Acuérdesse usted de su esposa.

—¡Oh, sería peor! Me acordaría involuntariamente de su mamá.
—Pues entonces piense usted en la mujer de cualquier amigo.

—Vamos, Matilde, ya que no pude asistir á tu casamiento, dime cómo lo pasaste en la ceremonia, en la comida de boda, y después.
—Muy bien, sin dificultades ni tropiezos de ningún género. Bien es verdad que lo teníamos todo muy ensayado.

—Pero, chica, ¿has concluido con Pepe?
—Me acusó de engañarle con Adolfo.
—¿Por qué no negaste con aplomo, y se hubiera convencido?
—Porque entonces se hubiera quedado, y el otro, el pobre Enrique, se hubiera asfixiado, porque estaba metido en el armario.

Un caballero solo recibe á una criada, moza gallega guapetona y robusta.

La primera noche llega el caballero á su casa y se equivoca de habitación, y se mete en la de la doméstica.

—¿Quién va? pregunta azorada la chica.
—Soy yo, perdona, responde el señor, que me vengo á tu alcoba, porque en la mía hay chinches.
—¡Ah! pensé... Eso es otra cosa.

Se hablaba delante de un sietemesino de una joven guapa, rica y huérfana, es decir, sin peligro de suegra.

—¡Ah! dijo el gomoso enternecido. Hay que amparar á esa desgraciada, aunque sea por medio del casamiento.

—Mi vida, mi sol, mi gloria,
mi dicha, mi bien, mi encanto.
—A tu esposo, que esté en gloria,
le decías otro tanto.

—¿Has sabido de María?
—Sí, se fué al otro mundo.
—¿Ha muerto?
—No, mujer, se fué á Buenos Aires.
—¿Para qué?
—Pues como aquí tenía tantas relaciones y ella se veía mal, resolvió irse á América. Allí, decía, nadie me conoce, y puedo hacerme doncella.

—Margarita se ha separado de su marido.
—Pues yo la he visto en paseo con uno...
—Habrá sido con otro.

—¿Tiene usted algunos cuartos, D. Juan?
—Ayer alquilé el único que me quedaba.
—¡Pero hombre, si no quiero decir eso!
—Ni yo lo otro.



—Aún está torcido; empuja.
—¡Qué polisón tan endino!
—Estáte quieto, granuja.
—¿Vamos, ya?
—¡Tienes un tino para enhebrar una aguja!

En el teatro Felipe hay un cuerpo de coros femenino de lo mejorcito en el género.

El maestro, probando la voz á una morena con cabos negros:

—¡Qué buenos bajos tiene esta chica!

La mamá en puerta:

—¡Oiga usted! Si no son buenos, lo que es limpios lo están, porque Dios ha querido. ¿Está usted?

—¿Y ése?
—Pues en la coronación de Zorrilla.
—¿Ha ido como poeta?
—No; ha ido como socio del Fomento de la cría caballar. Como van Comisiones de todo...

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis.

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Acaba de publicarse el tomo 60, titulado

El cuarto de hora.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblás II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabatillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cocheero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.
- LX. El cuarto de hora.